

REFLEXIONES

Conócete a ti mismo

■ La historia nos dice que Sócrates vio inscrita en el frontispicio del templo de Delfos la frase "Conócete a ti mismo" y la adaptó como principio y fin de la moral humana. Dicha frase es atribuida a uno de los llamados "siete sabios de Grecia", el astrónomo y filósofo Tales Milesio.

Como todo precepto moral, "Conócete a ti mismo" es una máxima que atrae, pero que es difícil de cumplir. Intentar ser consecuente con ella implica una capacidad rigurosa de autocrítica, un deseo natural de conquistar la verdad y la disposición de correr el riesgo que ese conocimiento devuelva una imagen no satisfactoria.

Se supone que el conocerse a sí mismo es el mejor camino para llegar al éxito, para conocer cuáles son las potencialidades que se alojan en nosotros y, así, poder desarrollarlas, evitando el proponernos metas que no estamos en condiciones de cumplir.

A la postre, sin embargo, este ejercicio despiadado de la introspección, esta contabilidad precisa que supone la correcta evaluación de nuestras cualidades y defectos, termina por convertirse en un acto de autodestrucción. El conocimiento objetivo niega el derecho a la ilusión y, sin ella, el hombre coarta su posibilidad de aventura, evita el salto mortal que lo podría llevar eventualmente a superar su propia imperfección, se inmoviliza en la cautela.

La tarea de intentar el cabal conocimiento de sí mismo, pareciera que busca la modestia, pero, en el hecho, está cimentado en el peor de los orgullos: el creer que la mente humana es capaz de tal conocimiento. Es un orgullo semejante al del agnóstico que, incapaz de abarcar en su razonamiento la inconmensurable e indefinible presencia de Dios, termina por negarlo.

Un hombre se va conociendo a sí mismo en la medida que va teniendo expe-

riencias vitales. Al igual que ciertas sustancias químicas, sus propiedades se revelan en contacto y presencia de los demás. Y como las posibilidades de estos contactos o de vivir circunstancias son limitadas, así de limitado será su conocimiento. El dramaturgo español Jacinto Benavente escribía que nadie puede decir que se conoce a sí mismo si no ha pasado hambre unos días y no ha sido rey absoluto unas horas. Y don Jacinto se ponía en sólo dos situaciones extremas, sin detenerse en las infinitas situaciones que el hombre vive cada día y que van develando nuevas facetas de su personalidad.

Cuando Tales Milesio formuló su máxima "Conócete a ti mismo", cuando los griegos reverentes la inscribieron en el templo de Delfos, cuando Sócrates al leerla la hizo suya y conminó a sus contemporáneos a hacer lo propio, el mundo era joven y, como tal, tenía la presunción que a través de la filosofía y la ciencia se alcanzaría el pleno saber.

Conocerse a sí mismo correspondía a esa ilusión.

Pero muchos años han pasado desde entonces. Nuevos pensamientos filosóficos se han sobrepuesto unos a otros tratando de explicarnos contradictoriamente la esencia de la vida. La ciencia de hoy se ha encargado de demostrarnos que la de ayer se equivocó como la ciencia de ayer ya nos demostrara el error de la de anteaer y como se encargará de explicarnos la ciencia de mañana respecto a la de hoy.

Conocerse a sí mismo es, pues, un ideal inalcanzable, un intento de atrapar las estrellas con nuestras cortas y pequeñas manos porque, afortunadamente, siempre habrá una zona de misterio en nosotros mismos a la que podremos echar manos esperanzados, cuando nos mostremos decepcionados por las limitaciones propias que hemos descubierto en la introspección.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA